

RENATO GUITART

“Todo ideal, todo amor, todo dignidad, todo carácter, todo inolvidable ejemplo”

-Fidel



El periodista Santiago Cardosa Arias retoma un reportaje que hizo a la familia Guitart y publicó en Granma el 26 de julio de 1967, con la idea de acercarnos a la vida de aquel joven santiaguero a quien Fidel le confió muchas de las tareas de aseguramiento para llevar a cabo el asalto al Cuartel Moncada

Renato Guitart y su padre, un día, estaban parados en el espigón de la Marítima Parreño. La rada santiaguera sentía el peso de grandes buques de carga de distintas nacionalidades y el jovencito de alegre carácter enturbió el rostro.

—Mira, viejo, qué cantidad de barcos extranjeros. Nos gastamos millones de pesos en flete. ¿Cuba no podrá tener su Marina Mercante?

La casa, otra vez. La madre, la buena Dinorah, nos recibe. “René no está. Debe andar por la Placita o quién sabe. En estos días no ha parado un minuto. Pasen, por favor”.

Este es el hogar de un mártir. Renato está en todas partes: en su habitación, situada en un primer piso. Allí están el librero y el pequeño escaparate que él mismo construyó con el gusto de un incipiente carpintero. Está Renato en un afiche, con un párrafo de la carta que Fidel envió a sus padres desde la antigua Isla de Pinos, situado a la entrada de la casa. Está en un cuadro, al creyón, que Otto Parellada les regaló a Dinorah y a René. En suma, el héroe del Moncada se mueve con los cansados pasos de la madre por el reluciente piso de granito salpicado de orlas carmelitas y verde oscuro; por la habitación de Miguelín, el hermano que ocupó su puesto, llenó el piano de armas y, luego, se fue a la Sierra. Renatico —como le llama el padre— se presiente en el patio de tupida enredadera, donde el sol da de lleno y la claridad descubre una de las tres maletas que un día el adolescente santiaguero transportó desde La Habana... cargadas de armas. Y a un extremo, sobre la mesa del comedor, vive en la serie de álbumes que guardan, celosamente, desde las fotografías de la infancia, hasta el pasaporte acuñado por la inmigración en Belice, Mérida, Chetumal, St. Elena, Jamaica, Costa Rica y New Orleans, caminos recorridos en busca de armamento por el “muchacho que nunca hablaba de política”, cuyo nombre de pila era René Miguel Guitart Rosell.

Renato tenía unos 18 años. El padre, como consignatario de buques, había encontrado un medio de vida que al principio le fue difícil. Pero el negocio prosperó. Vinieron días mejores y los hijos no supieron de estrecheces económicas.

—Ven acá, Renatico, ¿qué tú quieres estudiar? ¿Te gustaría estudiar Medicina o cualquiera otra cosa?

En la mente del hombre de negocio rondaba una idea: “Me gustaría que se fuera al Canadá, a hacerse técnico en bacalao. *Mister Ritecey* podría ayudarlo en eso”.

También se lo sugirió. Mas, Renato, que siempre fue sincero con el padre, no titubeó al responderle a la pregunta inicial:

—No, papá. Yo quiero trabajar contigo, a tu lado. Prefiero trabajar contigo.



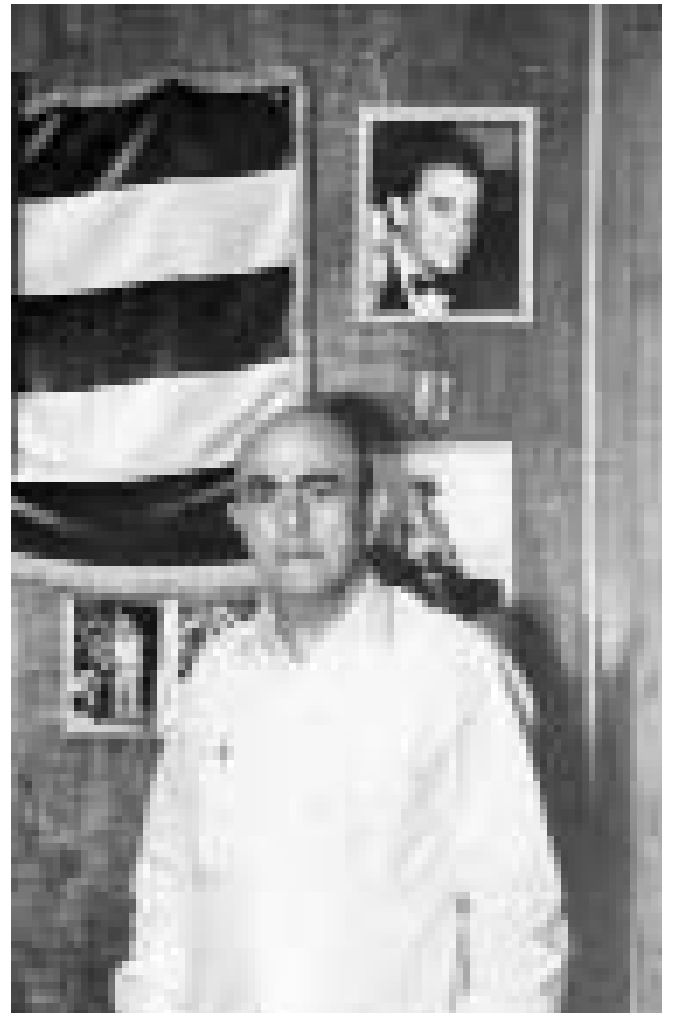
Renato Guitart.

Fue en la reducida oficina del consignatario René Guitart, situada en Aguilera número 8, esquina a Factoría, donde el graduado de Comercio en “La Progresiva”, el religioso colegio de Cárdenas, Matanzas, comenzó a trabajar.

—Allí, al principio, él me llevaba los “libros secretos”. ¿Ustedes entienden? Yo tenía que enfrentarme a la competencia, a los abusos, ¡ustedes saben! El dinero que trataban de sacarle a uno —y el que nos sacaban— se lo robaban los políticos. Así que yo llevaba los libros normales y “los secretos”. En ellos anotaba los gastos y la ganancia. Un día Renatico me dijo: “Papá, esto no es trabajo para mí. ¿Tú crees que debo llevar estos libros? Estoy perdiendo el tiempo”.

—Renatico me modernizó, con esa siempre fresca idea de los jóvenes, aquel sistema que yo usaba. Lo cierto es que esos libros casi eran igual que los otros: yo ponía el número de las facturas, fecha de las llegadas de los barcos y otras cosas burocráticas. Él me dijo: “Viejo, solo hace falta que sepas cuánto ganas y cuánto inviertes. No lo compliques”.

Así fue cómo Renato pasó a ser el “enlace” de su



René Guitart, el padre.

padre con los capitanes de los buques que arribaban a Santiago de Cuba cargados de bacalao, harina, cemento, dinamita y otros productos.

—Renatico sabía hablar inglés y esto facilitaba su labor. Su trabajo consistía en ir a esos barcos y resolver cualquier problema que presentaran los capitanes, pues yo era como el agente de esas compañías.

Cuando realicé este reportaje en 1967 fui con René al puerto, a la Marítima Parreño, que ya había cambiado en algo su fisonomía.

Aquí —nos contó— un día le compré una pistola *Star*, en un barco español. Recuerdo que siempre estaba detrás de algún arma. Entablaba amistad con los capitanes y finalmente trataba de conseguir una pistola o un revólver. Pero él nunca la pudo conseguir, y por eso le compré la *Star* con su estuche. Yo tenía una *Lugger* y un *Winchester* calibre 22, el mismo que más tarde llevaron los muchachos a El Escandel, cuando aquel asunto...

En ese momento se truncó el diálogo, pues René, después de 14 años, identificó entre los trabajadores del muelle a un viejo amigo de su hijo.

José Palacios Gutiérrez, ciertamente, iba por el